

INFORMACIONES

FERNANDO MONTERO MOLINER, *IN MEMORIAM* (22-2-1922 – 3-9-1995)

No olvidaré nunca un día de agosto de 1977. Quizás sea poco pudoroso recordarlo ahora, pero a veces la justicia está reñida con el pudor. Cuando aquélla es nuestro principal propósito, es de ley que sacrifiquemos éste. Así que lo recordaré. Yo trabajaba en mi tesina de licenciatura sobre el Kant precrítico, que luego sería mi primer libro y contaría con un prólogo de Fernando Montero, en un gesto habitual con sus discípulos. Era entonces el agosto de Úbeda y la calima hacía imposible poner los pies en la puerta de calle. Aquel junio había acabado mi licenciatura, como parte de una promoción en la que se integraba una nutrida cosecha de excelentes compañeros, como Julio Quesada, José Luis Prades, Antonio Cabo, Jorge Novella, Juan Sáez, y muchos otros.

Debo decir que el calor no diluía mi entusiasmo ante el futuro. En uno de esos frescos portales andaluces, donde no se por qué razón habita una especie de humedad fósil y benévola —quizás una teleología especial de la naturaleza para con el hombre—, le daba yo a la *Dissertatio de 1770*, en la vieja edición de Ceñal. Entonces, en la siesta, cuando todos se rinden por el sopor, en el momento más inverosímil —como si los hubiera verosímiles para los ángeles que traen el don!— llegó un telegrama. Fue así como una mera posibilidad se transformaba en alta probabilidad. En los mismos portales en los que, siendo muy niño mi padre se reía bonachón cuando

me preguntaba qué quería ser en la vida y yo le contestaba que Profesor de la Universidad, sin saber muy bien lo que en el fondo era eso, en aquellos mismos portales, con temor y temblor, abrí el telegrama que llegaba de Valencia y que decía: «Casi segura plaza de ayudante en Septiembre. Conviene acabar tesina. Fernando Montero».

Todavía quizá ande por uno de los cajones de mi casa. Quien no se ponga en el lugar de aquel que sabe su vocación cumplida por la voluntad libre de un hombre, no podrá entender lo que fue para mí Fernando Montero. Y así, el mes de octubre, el día uno, según consta en mi hoja de servicios, tras leer la tesina, entraba a formar parte del Departamento de Historia de la Filosofía, como ayudante del Catedrático Fernando Montero Moliner. Desde entonces, ninguna calima de agosto ha diluido mi vocación por el estudio, ese camino que abrió aquel telegrama que me enviase el hombre que hoy desear honrar en esta página.

Por aquel entonces, Montero ya había publicado varios libros. El primero era la traducción, con un prólogo, del famoso texto de Karl Löwitz sobre Heidegger, que algún día alguien rescatará, sobre todo hoy, cuando entre nosotros se comienza a reeditar su teoría de la historia. El segundo era un estudio monográfico sobre Parménides, editado por la clásica colección de Gredos, que ha resultado clave en la

aproximación a la filosofía griega de buena parte de los estudiosos españoles.

El tercero era un libro que siempre me resultó portador de un enigmático título *La presencia humana*. De hecho, en sí mismo era una anticipación muy meritoria e innovadora a la fenomenología social, que a la larga podía haber significado un ensayo de fundamentación de una ciencia de la acción social. Antes de que se oyese hablar de hermenéutica, antes de que la obra de Schutz nos fuese conocida, antes de que Weber fuese tomado en serio por los filósofos —el libro de Winch no estaba todavía traducido— esta obra de Montero significaba un islote que no podía sino permanecer aislado por el estéril oleaje de la neoescolástica española. Quizás su retórica se resienta de la falta de contexto intelectual propio y hoy seguramente nos parecerá anticuada. Pero los problemas que allí se trataban podían haber fecundado la reflexión filosófica entre nosotros más de lo que lo hizo. Este empeño, fruto de la soledad de los mejores tiempos de un estudioso, es el más ambicioso de Montero, su más idiosincrática producción, el libro donde su carácter se plasma con más eficacia. La poca resonancia de *La presencia humana*, de la que Montero hacía bromas acerca de sus escasas ventas, debió alejarlo de aquellos problemas. Aquí, una vez más, se dejó sentir la respuesta preferida de la academia universitaria ante las muestras de una verdadera vocación filosófica. Quizás en este caso el silencio produjo el efecto buscado: el sentimiento de soledad, de fracaso, de camino cerrado que hay que abandonar. Quizás todos estos sentimientos habían dejado su huella en Montero. En cuanto a nosotros, a mi generación, cuando llegamos a sus aulas, todos estos libros ya eran agua pasada para él. Así que también lo fueron para nosotros. En realidad quizás por eso nunca llegamos a tener una idea precisa de su trayectoria intelectual.

Cuando yo lo conocí venía de editar *El empirismo kantiano*. Recuerdo que nos vimos en el viejo cine Aula 7, en la película Z, de Costa Gravas, y yo venía de comprarlo. Como siempre bromeó acerca de la poca importancia de la obra, bromas que eran sinceras y que yo apreciaba como saludables. De hecho nunca tuvo pretensiones de mandarín. Por aquel entonces, por ejemplo, ya era el más antiguo del escalafón y de forma decidida rechazó pasar a la Central. El caso es que *El empirismo kantiano* fue el libro que me vinculó a él, pues confieso que sólo después me ocupé del *Parménides*. Montero ya había publicado antes un par de artículos en la revista *Teorema* que pueden considerarse como primicia de las tesis de este libro. En éste se abría la sobriedad del mejor Montero, en un texto que siempre juzgué equivocado en su solución, pero acertado en el planteamiento y en la dirección hacia la que apuntaba una salida.

A través de capítulos breves, pero contundentes, Montero iba desgranando la ambigüedad de la autonomía de las estructura *a priori* de la razón y la necesidad de buscar una relación menos mágica que la Afinidad Transcendental entre el fenómeno y la subjetividad, entre el material empírico y las categorías. Mi tesis de doctorado debe mucho a esta obra, que al fin y al cabo imponía la solución: tomarse en serio la estructura reflexiva de los conceptos puros, por una parte, y la revisión de la Afinidad Transcendental en la Teoría de la Idoneidad de la *Crítica del Juicio*. Así, los planteamientos de Montero me obligaron a ver la Analítica de lo Bello de la obra de 1790 como la tercera edición de la Deducción Transcendental de la *Crítica de la razón pura*, como un despliegue que concreta, más allá del esquematismo, la posibilidad del uso material de las categorías. Supongo, en todo caso, que hoy día deben quedar muy pocas cabezas capaces

de tener la paciencia de leer ninguno de nuestros dos textos.

Por aquel tiempo, Montero puso en marcha un proyecto que, como muchos otros, se quedó en eso. Se trataba de una Historia de la Filosofía, en pequeños volúmenes, de los que tres vieron la luz: el dedicado a los Presocráticos, que tuvo varias ediciones; el dedicado a Sócrates y los Sofistas, y el que hacía lo propio con los socráticos menores. La historia se quedó en Platón, aunque yo recuerdo que se llegó a discutir Aristóteles, del que estaba encargado Guillermo Quintás. Esto se hacía los sábados por la mañana. Allí nos reuníamos todos los profesores bajo el afable trato de Montero. De hecho, él podía llegar a ser enérgico, como lo demostró en los momentos más cruciales de su vida académica, cuando detuvo a una horda fascista que pretendía tomar la facultad, o cuando negociaba con toda tensión con la policía que entraba buscando líderes del movimiento estudiantil antifranquista. En situaciones violentas, como cuando el movimiento estudiantil, con apoyos del movimiento de PNNs, tomó la Facultad durante tres días y principalmente tres noches, su sentido democrático de la discreción le impedía explicitar su fuerte carácter, con lo que acababa pagándolo el sueño. Pero donde su trato sumamente cordial y educado de viejo catedrático se movía como pez en el agua era en aquellas reuniones de los sábados de las que he hablado antes, donde todos, incluso los más jóvenes, no sin dejar constancia de la impertinencia propia, nos sentíamos iguales. Cuando el proyecto de la Historia de la Filosofía se vio como inviable, aquellas reuniones se dedicaron a exponer cada uno nuestras cosas. Todavía recuerdo alguna exposición de Carlos Moya sobre Etnometodología, que le resultó a Montero especialmente relevante, quizás porque dejando aparte la fina inteligencia de Moya le

redescubría su vieja línea de trabajo sobre fenomenología social.

En aquellos tiempos, la filosofía del lenguaje era como la vía regia del pensamiento español y Montero buscó con todas sus fuerzas una alianza entre esta corriente y la fenomenología. Creía en esa afinidad profunda y cada nueva publicación donde Husserl y Austin aparecieran juntos era recibida con entusiasmo por el Departamento. La apoteosis se presentó cuando su maestro de Estrasburgo, Paul Ricoeur, lanzó un colectivo sobre el tema. Creo que llegué a tener el libro en mis manos, pues al ser trabajo de ayudante fichar las novedades, las alegrías bibliográficas jamás me pasaban inadvertidas. Pero ignoro qué se hizo luego de ese libro, y no me he vuelto a tropezar con él. A veces he pensado que se trataba de una alucinación colectiva. En todo caso, esta temática fue analizada a fondo en una tesis doctoral, de las más de cincuenta que dirigiese, firmada por uno de sus discípulos más fieles, Vicente Martínez Guzmán, hoy en la Jaume I de Castellón. El mismo Montero se lanzó al ruedo con un librito cuyo título ya denunciaba su secreto: *Objetos y Palabras*. Se editó en la colección Interdisciplinar de Fernando Torres. No fue desde luego su mejor trabajo.

Mientras tanto el departamento crecía, la Biblioteca aumentaba más de lo que los ayudantes podían fichar y clasificar, la Facultad se consolidaba y las promociones nutrían las oposiciones de Instituto. Era la época dorada de la Universidad, aquella donde por fin se discutía libremente los innumerables borradores de la LRU. Se anunciaba por doquier el final de la Universidad franquista, se reanudaban las oposiciones, se consolidaban las estrategias de estabilización del profesorado por la vía de la funcionarización. Montero era punto de referencia indiscutible de aquella transformación y todavía recuerdo su estrecha colaboración con el movimiento de PNNs,

en el que por razones obvias casi todos formábamos parte. La Universidad de Valencia preparaba algo que casi nadie sabía entonces: su transformación en Universitat de València.

Por aquel entonces, sería 1981, Montero dio su lección inaugural sobre Ortega y la Teoría de la Subjetividad. El pequeño libro está editado en las prensas de la propia Universidad. Creo que esta lección, que vinculaba a Ortega y a Sartre alrededor del tema de la subjetividad, significó algo importante para Montero, o al menos para mi percepción de él. Supongo que el momento debe ser importante para todos los que, en posesión del mejor saber, se dirigen a la totalidad de la academia. Recuerdo la alegría con la que preparaba su intervención. Yo entonces tenía menos de treinta años y Montero casi frisaba los sesenta. Comentó esta cifras, no sólo para indicar que veía a Montero muy rejuvenecido por el acto, mientras volvía a los viejos textos de la obra de Ortega (aquellos que había debido leer al llegar a la Complutense como alumno, llamado por la obra de García Morente, antes de descubrir hasta qué punto la guerra había cambiado el alma de una de las mejores inteligencias españolas), sino también para indicar que yo sólo conocía la miseria de aquella época, en la que ser falangista era fundamental para obtener una cátedra, por la tristeza y la melancolía de Montero al recordarla. Para mí se trataba de un mundo ajeno, triste y miserable, de pobreza moral. Hoy todavía doy gracias por haber conocido aquel mundo sólo a través de los relatos de Montero.

El caso es que tuvimos oportunidad de hablar mucho en aquellos días acerca de lo que podría haber sido España sin la guerra, si Ortega no hubiera desaparecido, si la continuidad cultural que estabiliza el alma de los pueblos, y los salva de la locura, se hubiera cumplido también entre nosotros. Entonces nuestra retórica filosófica

habría evolucionado sin bandazos, sin modas falsas, sin reconversiones apresuradas, sin flirteos con otras filosofías extrañas a nuestro espíritu como es la filosofía del lenguaje y que sólo podemos comprender superficialmente, y esto al precio de abandonar la frescura propia de un alma apasionada, como es la española.

Creo que estas reflexiones me ayudaron a ver dentro de Montero. Quizás demasiado dentro. En todo caso, todas aquellas conversaciones acababan en el mismo sitio. Su posición, moderada en todo, se tornaba clara contra el irracionalismo político y el nacionalismo. Muchas veces me dijo que él procedía de una época en la que nacionalismo siempre era parte de una palabra compuesta: nacionalsocialismo.

El sentido interno reclamó la atención de Montero justo al tiempo que nuevas generaciones de estudiantes acababan sus licenciaturas. Este libro, que luego publicó la editorial Grijalbo, comenzaron siendo cursos de doctorado a los que ya asistía Manuel Ramos Valera o Faustino Oncina Coves, como luego se había de recordar en los agradecimientos del libro. Montero quería demostrar que la idea de mente no sólo tenía un papel regulativo en la obra de Kant, sino que, sin llegar a tenerlo constitutivo, apuntaba a un uso empírico que sólo podía abrirse camino si dicha idea tenía algún fundamento *in re*, algún soporte empírico unitario que permitiese dicho uso. En el fondo se trataba de una expansión de la tesis de *El empirismo kantiano*, ahora aplicada a las relaciones entre las ideas de la Dialéctica trascendental y el elemento empírico de los fenómenos. La reflexión de Montero llevaba directamente a Reinhold y a su teoría de la capacidad de representar, y es fácil pensar —por aquel entonces me pidió la *Grundlage* de Fichte— que su inclinación seguía rastros muy profundos del pensamiento kantiano, acaso fracturas reales en una complejísima red conceptual que no puede satisfacer la

inquietud de una inteligencia atenta. Pero yo estaba ya convencido del profundo gesto anticartesiano de Kant, de la primacía del sentido externo y de la experiencia externa, con lo que ya no había demasiado campo común para nuestra discusión filosófica.

Consciente de que llegaba al final de su carrera, antes de 1987, fecha prevista de su jubilación, todavía recogió varios cursos de doctorado y los editó en un grueso volumen que simbólicamente tituló *Regreso a la Fenomenología*. ¿Se trataba de una confesión de fidelidad personal a lo que él llamaba filosofía «fetén»?; usando aquella palabra que siempre me sonaba rara en sus labios, porque pertenecía a mi infancia, cuando todavía dio nombre a una de aquellas raciales marcas de cigarrillos de la tardía postguerra. Creo sinceramente que sí. Mientras tanto, sin embargo, la fenomenología se había convertido en España en una rotunda escuela de estudiosos rigurosos que, sin ninguna duda, supieron reconocer en Montero a su maestro, a quien superaban en tecnicismo, él, que nunca había querido perder la sencillez y naturalidad expresiva de la vieja escuela. Allí, en el seno de esta sociedad, encontró muestras de fidelidad, como las que le brindaron Amparo Ariño o Celia Amorós, a quien le escuché lo más gracioso del homenaje que se le hizo para su jubilación.

Como luego ha sido evidente, no acompañé a Montero en esa renovación de la Fenomenología. Lo que para Husserl era un sueño soñado para mí no lo era menos. Luego sé que la Universitat de València inició una serie de pensadores actuales con otro volumen de estudios de fenomenología. Debo confesar que no lo atendí—quién— como se merece.

Por los viejos compañeros del Departamento de Historia de la Filosofía con los que mantuve amistad, recibía noticias de su larga enfermedad, de su dedicación universitaria hasta última hora. El mismo día que puse los pies en el aeropuerto de Valencia,

regresando de un largo viaje por América, llegó hasta mí la noticia de su muerte. Abrí el periódico local y vi la foto de Josep Lluís Blasco, en medio de las calles de un cementerio. Yo regresaba de Colombia ese día justo para poder asistir, pocas fechas después, al encuentro de Granada, organizado por Pedro Cerezo. Con su proverbial elegancia, Cerezo me había comunicado que Montero tendría la lección de clausura y me pedía que me quedase hasta el final. En ese simposio hubiese sido obligado vernos de nuevo.

Aquella foto en el diario *Levante* abortaba este último encuentro, quizás mi despedida de despedidas. Estas palabras que siguen las escribí mientras escuchaba una conferencia en Granada, y las tenía previstas leer al inicio de mi exposición. Finalmente el pudor venció aquella tirada. Cuando Javier Muguerza y Roberto R. Aramayo me pidieron esta nota, creí que debía aceptar. Siempre lo hago cuando hay una coincidencia del azar, la única rosa de la que cabe fiarse.

Abrí entonces mi cuaderno de apuntes y releí estas últimas palabras, que dicen así: «El mismo día que puse los pies en Valencia, regresando de un largo viaje, llegó hasta mí la noticia de la muerte de Fernando Montero. El recuerdo de lo mucho que me ayudó en su tiempo me impone ahora este humilde reconocimiento. Son conocidas mis diferencias con él y no voy a negarlas aquí. Quizás yo hice injusticia a su pasado. Quizás él hizo injusticia a mi futuro. Ambas cosas son fáciles entre los hombres que tienen las edades de padres e hijos. ¿Mas para qué hacer balances? Pues las divergencias y las convergencias quieren la vida y son parte de la vida. Son el elemento del espíritu y el espíritu quiere la vida, no la muerte. Por amor a esas convergencias y divergencias he sentido su muerte. Por lo que me dio y por lo que me negó, ahora tengo el derecho de entregarle este misterioso sentimiento de dolor, ante sus colegas, sus discípulos y sus amigos».

José Luis Villacañas